

DISCURSO DE RECEPCIÓN  
POR EL ACADÉMICO DR. HORACIO SANGUINETTI

No me es tarea fácil —amigos—, siendo en apariencia sencilla, la presentación de Jorge Vanossi. No lo es para mí porque compromete muy hondamente mis afectos e inhabilita el juicio sereno: un leguleyo diría que me comprenden —demasiado— las generales de la ley.

En segundo lugar, porque el “curriculum” de alguien verdaderamente importante es cada vez más corto y me siento tentado de decir que presento, sencillamente, a *Vanossi*. Con lo que ya estaría todo dicho y evitaríamos redundancias.

Ciertas formalidades académicas, sin embargo, me fuerzan a agregar algo más, no mucho de lo muchísimo que podría decirse de este hombre singular, científico sobresaliente, político de raras condiciones intelectuales y éticas, ser humano de aún más raras virtudes, entre las que prevalecen la hombría de bien y el buen uso de las sales de la amistad, la sagacidad y el talento.

Viene Vanossi de recia estirpe intelectual: su madre, poseedora de irresistible encanto, atesoró una formación intelectual y profesional de excepción en mujer de su época. Su padre, Reinaldo Vanossi, académico, profesor de alto vuelo, lograba apasionar —lo sé muy bien— al más indiferente, en los secretos arduos de la Química. Además, construía afectos permanentes desde el aula. Recto como una espada —así era también físicamente— no inscribió a su hijo en el Colegio Nacional de Buenos Aires donde el padre profesaba, para que nadie sospechara favoritismos o prebendas. De modo que Jorge cursó el Sarmiento y luego, meteóricamente, la Facul-

tad de Derecho, en una época áurea. Ciertamente había padecido algunas vacilaciones vocacionales, puesto a optar entre abogacía e ingeniería, pero el interés arrasador por el Derecho Constitucional, previo —y esto es lo legítimo y curioso— a todo estudio jurídico orgánico, lo decidió. Aunque al fin, como las peores contradicciones pueden armonizarse mágicamente, resolvió la antinomia atendiendo —en papel de docente, investigador y legislador— una verdadera “ingeniería constitucional”.

Tuvo tiempo, en el brevísimo lapso que le llevó recibirse *cum laude*, de hacer también política universitaria en las filas de la Reforma, primera experiencia de la política grande que es un costado primordial de su vida. Alguna elección estudiantil nos confrontó hacia 1959, sin verdaderamente enfrentarnos sino todo lo contrario.

Apenas recibido de abogado —sería luego doctor dos veces—, Vanossi accedió a la cátedra, primero en la Facultad de Ciencias Económicas, luego en Derecho donde, a su turno, fue el profesor titular más joven del elenco. Su abrumadora tarea docente incluye otra titularidad, en la Universidad de La Plata, donde rigió también un Instituto importante al que logró poner de pie, e imponer el nombre de su maestro Carlos Sánchez Viamonte. Fugazmente —quiero señalarlo casi como una reparación por su deserción como alumno—, también enseñó en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

En 1966, Vanossi renunció —gesto infrecuente— a la Secretaría letrada de la Corte Suprema, en solidaridad con otro maestro, Luis Boffi Boggero, y con la democracia humillada.

La actividad profesional —y gremial— del nuevo académico también impresiona por lo densa y extensa.

Presidió con general beneplácito máximos organismos representativos; entre otros, la Federación Argentina de Colegios de Abogados, la Federación Interamericana de Abogados, la Asociación Argentina de Derecho Comparado, el Instituto Argentino de Estudios Legislativos y el Comité Jurídico de la OEA.

Diputado por diez años, electo sucesivamente tres veces, es —por lejos— el legislador más activo y fecundo del Congreso contemporáneo.

Su obra, que el senador Eduardo Vaca acaba de considerar “prodigiosa”, está recopilada en cuatro volúmenes, y aguardamos pronto el quinto. En el área científica ha producido quince libros y unos doscientos artículos sustanciales,

sin contar notas menores. Y afirmo que como constitucio-  
nalista podrá tener pares, pero no cede ante ninguno.

Por todo eso, nos confunde que el Congreso vaya a per-  
der, a partir de diciembre, su primera espada en el tema  
constitucional, tan luego cuando se avecina —presuntamen-  
te—, un debate intenso y riesgoso.

De cualquier modo, a este gozador de la vida, lector  
obsesivo de todos los diarios de la jornada, del país y del  
mundo, bebedor de buenos vinos e implacable devorador de  
manjares, todavía le resta tiempo para las atenciones fami-  
liares y sociales, para viajar sin fatiga y para recorrer expo-  
siciones, leer literatura y oír música, donde halla alegría y  
consuelo llevando sus preferencias desde los clásicos barrocos  
hasta la espiritualidad de Ravel o el arduo patetismo de  
Puccini.

Este incompleto resumen da la idea de hallarnos con un  
personaje a contrapelo de estos tiempos de frivolidad y de  
superficie. Valores así deben preservarse y exaltarse, y por  
todo ello, me parece un acto de justicia el de nuestra Corpo-  
ración, que para cubrir la enorme ausencia de Mario Justo  
López, es la primera Academia Nacional que lo reconoce; y  
supongo que no la última.

Ahora, quiero que me permitan ciertas confesiones. Hace  
cuarenta años, en diciembre del 53, con otros flamantes ba-  
chilleres del Buenos Aires, acudimos a saludar a nuestro pro-  
fesor de Química, en su casa de Mora Fernández. Una puerta  
se abrió y un joven larguirucho cruzó la escena. Hubo cierto  
vago saludo y esta presentación general: "Mi hijo". Yo ig-  
noraba entonces que el círculo amistoso sólo se estaba abrien-  
do, y que Jorge Vanossi, que siguió de largo y salió por otra  
puerta, en realidad se instalaba en mi vida para siempre. Los  
amigos de veras no crecen en los árboles.

La amistad es espontánea pero debe cuidarse y trabajarse  
a diario. Deodoro Roca decía que, pues la condición de ena-  
morado perturba la percepción, la amistad es un "sentimiento  
superior al amor, más evolucionado, más puro, más rico, más  
raro". Y el Conde Lucanor advertía que el mejor afortunado  
recoge, en toda su existencia, a lo sumo, un amigo y medio.

Debo reconocer que Jorge es mi amigo entero. Y lo ilus-  
traré con esta anécdota: estaba yo, una siesta, a la puerta  
de su jardín en su bienamada Pinamar —que tanto le debe—.  
Es una finca austera y republicana, pero tan hermosa como  
sólo el descomunal sentido estético de Ana puede diagramar.

Entonces apareció un visitante. Le expliqué que el dueño de casa descansaba y no podría atenderlo. Cuando ya se retiraba, y regresando como en súbita inspiración, agregó: "Y usted, no me lo diga, es el hermano". Y yo, también iluminado de golpe, respondí: "Así es".

He aquí, amigos, por qué pido excusas si la presentación de hoy no alcanza la dimensión que el personaje merecería: la han enturbiado demasiados afectos, que llegan de muy lejos.